

la bifurcación de mármol, te colabas en el callejón, un sillón antiguo te servía para escalar la ventana de mi cuarto y caías en mis brazos.

¡Qué gozo! Dios mío!... Reíamos, llorábamos; nuestras preguntas y respuestas se atropellaban, se mezclaban y no tenían fin. Saltábamos, ballábamos; y quien nos hubiera visto, habríamos creído locas.

Pero cuando, después de cebar á la puerta doble cerrojo, nos sentábamos al piano y tocábamos á cuatro manos algún nocturno anónimo, hijo de tu inspiración, entoncés nos volvíamos sublimes; el salón me aplaudía, y yo recogía sola los laureles de tu gloria... ¡Sola! no, que mi padre, radiante de orgullo, recibía entusiastas felicitaciones.

¡Recuerdas el terrible susto que nos dió el atolezando M. en aquel brillante baile dado por el Congreso al Presidente en el pitio de la Universidad? Tu padre era el jefe de la oposición: el mío era Ministro de la guerra.

—General,—dijo á éste aquel loco, en el momento que, figurando en una cuadrilla legítima cerca de ellos—cuánta envidia habrán tenido á U. los que oyeron anoche á esa doble Rosaura cantar á dúo una *seren* en el coro del Sagrario!... Y ese enajenado Velasquez... añadió, burlándose á tu padre, con una mirada en torno—Oh! aquello valía una solemne reconciliación.

—Bah!—replicó el mío—entre enfadado y festivo—¿qué sarta de disparates está enjareitando este truhan? Me dirás qué significa eso de doble Rosaura y de salvés á dúo en el coro del Sagrario?

—Cómo!—ignora usted qué—empezaba á decir el calavera? Tu mirada suplicante lo detuvo. Te sonrió con aire de inteligencia, esquivó la respuesta, y corrió hácia otra parte, fingiendo que lo llamaban. Pero nosotros teniendo un nuevo arranque de figereza, la una después de la otra, dejamos el baile, seguidas de nuestros padres, que se fueron, el uno al círculo tenebroso del club; el otro al no ménos tenebroso del gabinete.

¡Qué larga reminiscencia! Escribiéndola vuelvo á sentir el dulce sabor de esas horas de dicha que tan poco duraron.

May luego, el cielo de nuestra felicidad comenzó á nublarce. Cai enferma. Mi padre profundamente alarmado, llamó á los médicos, que me desterraron de Lima y me impusieron la vida de los campos.

No era ya posible vernos: mi padre no se apartaba de mi lado. Así forzoso me fué partir sin despedirme de ti, Simenbargo, alejádame tranquila, casi contenta; porque esperaba, creía, que habías de seguirme; y alboró del vapor, tendía en torno furtivas miradas pensando que ibas encerrada en algún camarote. La imaginación de una joven es, como los libros de caballería: un mundo de prodigios, que no cuenta con los infinitos obstáculos que median entre la voluntad humana, y el objeto que se propone alcanzar.

¡Qué dolorosa inquietud, cuando llegamos á Islay, y desembarcados los pasajeros, faltabas tí! No podía resolverme á dejar el bote, hasta que mi padre me preguntó si echaba de menos algo en mi equipaje.

Fué necesario bajar al bote para atravesar el agitado oleaje que se estrella contra las rocas. Yo me asienta como un nido de águilas, el puerto de Islay.

El aspecto pintoresco de este pueblo, cuando se le mira desde el mar, es una ilusión que se desvanece desde que, subida la pendiente escalera del embarcadero, se entra en sus calles estrechas y polvorosas.

En un tendejoncillo, su mejor almacén, compré un frasco de perfume que te envié allí; á la tierra de los perfiles, como la reina Ponnaré enviaba un compás á su favorito. Partimos para Arequipa al cerrar de la siguiente noche, montados en magníficos caballos, y en larga caravana al traves de los borrados senderos de un desierto de arena. Alumbrrábanos una her-

mosa luna llena cuya luz prestigiosa derramaba en torno nuestro extrañas alucinaciones que para cada uno revestían diversa forma. Montañas, lagos, campamentos, ciudades, surgían y desaparecían á nuestros ojos en sucesión infinita, hasta que la luz del alba desvaneció el encanto, y nos descubrió el risueño panorama en cuyo fondo, imponente y sombrío, alzase el Misco.

Y en esa noche de extraños mirages; y en esa alborada de rientes panoramas, me decía yo, suspirando—Si ella estuviera aquí al lado mío, y que marcháramos juntas, asidas de la mano, bajo este cielo estrellado, envueltas en el diáfano claro-oscuro que la luna derrama sobre el desierto, cuán poéticas creaciones añadiría nuestra imaginación á la mágica fantasmagoría de esta hermosa noche! cuán bellos ángeles divisaría entre las doradas nubecillas de esta rosada aurora.

Arequipa es una ciudad oriental, transplantada de las riberas de la Siria al pié de los Andes. Nada le falta, si no es el turbante y el caftán; porque allí se alzan las blancas cúpulas y los rojos minaretes; y entre las colosias de sus ventanas, divisanse ojos dignos del paraíso de Mahoma.

—Sin embargo, la ciudad comienza á despolarse, para hacer la mas bella peregrinación que puedes imaginarte: el paseo á Lomas es decir á los valles flanqueados de colinas cubiertas de pastos, de flores y de rebanos, y vecinas al mar. Dicen que nada hay igual á su poética belleza y que la vida allí es un mirage de la Arcadia.

Mi padre tiene una hacienda en el mas pintoresco de esos parajes, en el valle de Tambo. Cuando deseara ir allí, Nada de ello habla mi padre. Quizá cree que el aire volcánico de Arequipa me conviene mas que la húmeda atmósfera de la costa.

—Nombre á mi padre, y helo ahí!... Oculito mi carta y ciérro mi carpeta para ir á darle un beso... Querido papá! Ah! ¡por qué me es forzoso esconder á su mirada la mas hermosa parte de mi corazón: la que ocupa tu imaginación! Y sin embargo no siento remordimientos, porque amándote redimo el único pecado de que puede acusarse á esa noble alma el de proscribir el santo afecto que nos une... .

Continúo mi carta, ¿sabes en donde! En las Lomas de Tambo, sentada bajo un bosque de olivos, á la vena de un cañaveral.

Alguien habla á mi padre de la salubridad de aquellos sitios, y una palabra mía lo decidió.

Un mundo de alegres peregrinos se ha deramado en tolderías y campamentos que hacen del valle una inmensa feria. Las alboradas son deliciosas, regadas por una lluvia de vapores casi liquidados que se cueja sobre las flores en luminosos brillantes.

Yo me he formado en la linda casa de la hacienda un confortable aposento compuesto de un salón, una alcoba y un retrete, donde me visto, leo y almuerzo con mi padre. Gusto de pasearme sola; y los tnuistas me llaman la *dama del Lago*, sin duda por mi aislamiento y el color blanco de mi vestido. En casa he organizado un círculo formado por algunas familias relacionadas con mi padre y un piano cascado, pero de buenas voces, ameniza las veladas. Se canta, se baila y se cena.

He ahí mis noches. Mis días son enteramente consagrados á paseos solitarios, acompañados de tu recuerdo... .

Alguien se acerca. Guardo mi carta para continuarla mañana.

Si vieras que lindo nido de tortolitas he descubierto, oculto entre la fronda de un sauce! La madre tiene en su inclemente pluma el sombrío formosado del crepusculo. Y los polluelos! Ellos no tienen plumas todavía; pero ya saben genit! Horas enteras permanezco inmovil, para no espantar á la avecilla, encantada en la contemplación de esta alada familia.

(Continuará.)

VERBOS Y GERUNDIOS.

LA ÚLTIMA COPITA.

Ayer, entre dos luces,
Casi me di de bruce
Con un pobre borracho
Que, sin norte ni rumbo,
Daba por esas calles tumbo y tumbo,
Enviada ya la dignidad á un cacho
Y hecho de la moral un hijo chumbo.

—Perdone usted, me dijo, caballero.
¡La plazuela de Otero!
Pues, señor, ese picaro italiano
Que tiene su chingana en la otra esquina,
Vende un aguardientito tan liviano
Que es cosa mas que rica y que divina.
¡Ese aguardiente si vale la plata!
Dicen que lo adereza
Mezclando *motocachi* con cereza.
Treinta copas bebi, no es paratara.
Y tan fresco quedé como una horchata.
Prueba de que no es mala mi cabeza.
Mas de *gapa*, al salir, por mi desdicha
Obséqueme el *bachicha*
Un traguito y... ¡vea usted lo que me pasa!
Que si acertar no puedo con mi casa
Y estoy dando traspás y sin levita,
Es por culpa de la última copita.

Tal es la humanidad! Un desatino
Con otros anteriores se eslabona.
Tréno gorro! Un gran mal no sobrevino
Que á otros males le sirve de corona.
Y no culpamos nuestros hechos todos
Sino que, como lo hacen los beodos,
Lo achacamos con colera infinita
A la última copita.

R. PALMA.

A ELVIRA.

Si á tu vista se presenta
La interesante figura
De una esbelta criatura
Graciosa, amable y atenta
Que tiene unos ojos bellos
Una frente despejada
Nariz fina, perfilada
Largos y rubios cabellos
Y que facina cuando te mira
No cabe duda de que es Elvira.

Si bajo purpúresos labios
Ves las perlas en hilera
Y una sonrisa hechicera
Que hace hasta olvidar agravios,
Y ademas un lunarcillo
Que solo pintar pudiera
Cuando su pincel me diera
Miguel Angel ó Murillo
Quien es aquella que tanto admira
No lo preguntes por que es Elvira.
Si á la belleza se adune
Buen juicio é inteligencia
El caudor y la inocencia
Que efectadora renne
Y de afectación exente
Con su carino te alhaga
Con su viveza te embriaga
Con su gracia te contenta
Entusiasmado te templa tu lira
Para cantarle porque es Elvira.

De virtud es su tesoro
La que mi pluma retrata
Y aunque conmigo fué ingrata
Cuya ingratitud deploro,
Acusarla no he podido
Pues los favores de la suerte
A los unos dan la muerte
Y á otros sacan del olvido
Y ya en el mundo todo es mentira
Si me habia engañado mi amiga Elvira.

MANUELA VILLARÁN DE PLASENCIA.

ser reproducidas algunas, especialmente las de la *granada* de Florencia en la obra que á fines del pasado siglo y principios de este publicó Monzón con la colaboración de los artistas Wicar y Masquelier, obra rarísima de la que poseemos un ejemplar.

“Existe en el gabinete de medallas y antigüedades de París, una agua-mar de cincuenta milímetros por treinta y cinco. El artista griego Evodos, que floreció en Roma en el reinado de Tito, grabó en esa piedra el busto de Julia hija de este emperador. Está representada de perfil, á la izquierda, peinada con un copo de cabellos crespos sobre la frente, que en la impresión del grabado sobre la cera producen un notable relieve, de manera que por la oposición del tono áspero de los cabellos, las carnes parecen mas finas y tersas. Las facciones, expresadas con toda la verdad de su fisonomía individual, llevan el sello de la vida y de las alteraciones casi insensibles que ella imprime en el semblante, en la edad en que concluyen las pasiones de la juventud. El grabador que quiera aprender, el curioso que quiera gozar, deben mirar este grabado de Evodos como un ejemplo admirable de la belleza compatible con lo relativo del traje y la individualidad precisa del carácter. Cuánta belleza y cuán delicado gusto en la elección de la materia! El tono verde claro de la agua-mar, esa tinta diáfana que cambia, se desvanece y reluce alternativamente, según el punto de vista, esa tinta cuya naturaleza es por sí misma poética, presenta á la imagen como en el hueco móvil de una ola del mar?”

En el gabinete de *dele gemme*, (Florencia), por nosotros tantas veces recordado en este estudio, existe una sardónica elíptica cuyo mayor eje mide veinte y un milímetros. En tan pequeño espacio ha grabado el artista una obra verdaderamente grande, la caída de Faeton. Obediendo á las leyes de la composición y del estilo, es marcada la intención con que el artista llama las miradas hacia Faeton y los caballos del sol, disminuyendo el carro y los accesorios por la sencillez con que están tratados. A los artistas modernos que han pretendido negar á los antiguos la ciencia del dibujo de caballos y animales en general, se les recomienda esta grande obra microscópica.

A la misma colección pertenece otra piedra de la misma naturaleza que la anterior. Es elíptica también y mide su mayor eje veinte y cinco milímetros. La composición de este grabado es infinitamente mas importante. Es toda una alegoría. El sol después de sepultarse durante seis meses en el hemisferio que el horizonte separa de nuestra vista, parece haber perdido su claridad luminosa y calor vivificante. Lluvias continuas, vientos belados, han oscurecido la atmósfera y endurecido el seno de la Tierra, antes tan fecundo; el Genio del mal, el cruel Tifón y el sombrío Pluto, ejercen sin obstáculo sus crueles venganzas. De pronto Arias trae de nuevo la luz y la fuerza generadora de la Naturaleza; el sol, se levanta en el horizonte, viene á habitar el hemisferio superior, y, al instante, Horus, su simbolo y su hijo, dá muerte al gigante Tifón, asesino de Osiris, se apodera del trono de su padre, vuelve á su carro luminoso y por efecto de las metamorfosis anuales, se convierte de nuevo en el brillante Osiris á quien otras desgracias esperan al fin de su carrera.

La mitología griega honró con un culto religioso estas metamorfosis astronómicas de los egipcios, y Febo reemplazó á Osiris, que en la piedra cuya descripción motiva este desvío mitológico-astronómico, se vé pasando á través de los signos del zodiaco, en el momento en que entra el segundo, Taurus, cuyo simbolo es Apis; pero la brillante imaginación de los griegos embellece la fría prudencia de los egipcios, y Febo es arrastrado por brujos, corceles; en su frente brilla una corona, en su mano luce una antorcha y con la diestra empuña las riendas. Lucifer, ó el joven Fosforus (porta-luz) vuela delante anunciando la vuelta de la luz. Recordada sobre su imperio, la Tierra tiende los bra-

zos á Febo; solicita y se apresta á recibir su benigna influencia.

Antes de pasar á la descripción de algunos camafos notables, legados por el arte griego ó romano, debemos mencionar una amatista grabada, obra digna de admiración por mas de un título. Tencer, grabador griego que existió según algunos, poco antes del siglo de Augusto, es el autor de este grabado en una amatista oval de veinte y cinco milímetros. Representa á Hércules acariciando á Iole, hija de Eurystus, rey de Ecúlia, de quien Dejanira tuvo celos, y que, al fin, fué causa de la muerte del semi-dios. El contraste de las formas varoniles y grandiosas con las de la gracia y la ingenuidad, era muy del gusto de los antiguos, siendo esta obra un bello ejemplar de ese contraste y de esa predilección.

He aquí un camafó de veinte milímetros de diámetro en *jaspé*, elíptico. Retrato de Livia, esposa de Tiberio Neron, después de Augusto y adoptada, al fin, por éste con el nombre de *Julia Augusta*; tuvo los honores divinos, por lo que lleva en el retrato los diademas y el gran velo de las diosas. Es esta una de las mas bellas producciones de este precioso arte.

Pero en donde es precioso admirar lo que puede el génio del arte, aun oponiéndosele las mas grandes dificultades materiales, es en otro camafó en *calcodonia*, elíptico como el anterior, de diez y siete milímetros en su mayor diámetro. Una alegoría del Oceano, *Padre*, no solo de todos los dioses, sino de todos los seres, según mitología primitiva, en la que representaba un importante papel, es el asunto de esta maravilla artística. Homero habla al menudo de los viajes que los dioses hacían al Oceano en donde pasaban muchos dias entre el ocio y la alegría de los festines. En la composición de que hablamos, Proteo, conductor de los rebaños del Oceano, compuesto de los monstruos marinos, está sentado sobre una caverna, de la que sale uno de esos monstruos, cerca de los delfines que triscan sobre las olas. Una niña oceánica, sentada sobre la misma caverna, tiene en la mano una planta marina, semejante á una ancha madrepora. Existe en Florencia (gabinete *delle gemme*.)

Mas grande que los anteriores y casi de las dimensiones en que hoy se hacen los camafos, es otro del mismo gabinete que recordamos por su incomparable mérito. En una *digata* eléptica de seis centímetros de diámetro mayor, han sido esculpidos los perfiles, conjuntamente puestos, del sombrero de Tiberio y de Julia, hija de Augusto, esposa de Marcelo primero, después de Agripa y por último de Tiberio que la dejó morir de hambre. Es tal el mérito de esta obra, que no se la trepidado en atribuirle á Dioscórides, artista que no ha sido sobrepujado por ninguno de aquellos cuyas obras han llegado hasta nosotros.

Otro bellissimo camafó es el que en una *Sardonia* ha dejado firmado uno de los mas célebres artistas griegos. Representa á Cupido, tocando la lira cabalgado en un león. Este bellissimo camafó está firmado así: *Platario lo hacia*. ¡Cuán modestos eran esos grandes artistas para quienes nunca estaban acabadas sus obras á la medida de sus deseos; no creían haber hecho; estaban haciendo solamente!

Para terminar este estudio, ya demasiado extenso, escribimos en seguida los nombres que sabemos de los artistas que han ilustrado este arte, muy cultivado por los antiguos y casi olvidado en nuestros dias.

Lisipo, el Fidias de los grabadores, animó el bronce solamente; pero tratándose del arte del grabado, no debe olvidarse.

Dioscórides, de quien han llegado hasta nosotros muchas obras tan notables, que por ellas es tenido por el primero en este género. Platario, Cneius, del siglo de Augusto, Tencer, Onesas, Solon, Aulus [el baron Stosch ha dado á conocer cinco piezas en las que se lee su nombre y Bracci ha agregado siete], Pigmón, Allion, Panfilo, Aspasio, Evodos.

VERBOS Y GERUNDIOS.

LECCIONCITA.

Ya que en matricularte de poeta
Insistes, voy á darte la receta:
Usa de palabritas
Que se llaman bonitas.
Di, por ejemplo, para hablar del cielo
Difianzo tul, aereo, coruscante,
Ceruleo, azul turquí, crespon de duelo,
Zafir, ópalo, gualda, rutilante,
Zenit, vertiginoso, ófir, enhiesto,
Y para mas no fatigarme en esto
Larga unos consonantes,
Vengan al caso ó no, muy retumbantes,
Como aquel que escribió:—*que tu alma roa*
El ferreo nudo constructor del bon.

Sobre el papel todo ello desparrama
Y será tuya la apolínea rama;
Y si alguien dice que emter bellota
Deberías y que no te comiere jota,
Porque todo tu cántico es oscuro,
Dile muy arrogante,
Cual quien está del dicho muy seguro,
Que no todos lo entienden, y no obstante
Es gran poeta el Dante.

R. PALMA.

NIEBLAS Y AURORAS.

(RIMAS DE ACISCLO VILLARAN.)

BIEN VENDIDA

A Aquiles Rossi Ghelli.

Tornas á la patria mia
Y, sus flores, los pensiles
Ofrecen, con alegría,
Del arte de la armonía
Al invulnerable Aquiles.

Las alondras, en su coro,
No dicen á el alma tanto
Como tu acento canoro,
De melodias tesoro,
De corazonas eucauto.

Tu esplendoroso destino,
Tu gran misión es cantar.
La Gloria oyendo tu trino,
Vuela, rauda, en su camino
Por venirse á coronar.

Siendo el celestial arcano
Ejij ostar y sentir;
Con un poder sobrehumano,
Tú del arte, soberano,
Lo has sabido descubrir.

Cantor que el arte sublimas
Descollando sin rival,
Si en algo mi afecto estimas,
Somentame vé en mis rimas
Un saludo fraternal.

Junio 24

JUEZ Y VERDUGO.

AURA A ROSA.

ANGEL Y DEMONIO.



NOCHE, demasiado turbada para ordenar mis ideas, te arrojé una noticia que, recibida así, exabrupto, sin ninguna explicación, habría causado profunda inquietud.

Por dicha, nuestro correo, despachado al amanecer, recibió contraorden, y solo partirá mañana. Así, puedo recoger mi carta, y continuarla con el relato de los incidentes de ayer, embrollados hasta aho-

zas para contrarrestar la charla de su compañera, y probarle que había sido un síncope y no snieño el accidente de la huaca.

Aquella noche en medio á la alegre cena que terminó la jornada. Ines se tomó derepente abstraída y meditabunda.

—En que piensa la bella hija de Jephthé—esclamó el coronel.—Es en esa cualidad divina que iba á llorar en la cima de las montañas! La picante interpelación hizo ruborizar á Ines, pero no la desconcertó.

—Pues era precisamente un pasaje bíblico lo que en este momento me preocupaba—repuso, llenando maquinalemente su copa.—Estaba pensando en esa terrible ley del talion, con que plugo á Moisés á tajar los desmanes de su pueblo—“ojo por ojo” diente por diente” Maria su hermana que tambien pretendió lejislar, pudo hacer esta adición á ese articulo del tremendo codigo.—Honra por honra.

Y apurando la copa, enviólo á Aura y á Luis en una rápida mirada.

JUANA MANUELA GORRITI.

[Concluirá.]

VERBOS Y GERUNDIOS.

UN RETRATO.

Silencio, ratas, que la noche es larga!
Yo tomo la palabra y que me emplumen
Sino no brota mortal de mi cacumen
Contra cierto bandido una descarga.

Ostentando una fachas de botarga
Es de todos los vicios el resumen
Si es verdad que el mal tiene su numen
No se por qué con el bribon no carga.

Aumentó con lo ageno su gabela;
Traicionó á todos, tríos y troyanos;
Nunca dió de limosna una peseta;
Chusca y calumnia fueron sus hermanos;
Y dice ¡desalmado fariseo!
Que cree en Dios y que gana el Jubileo.
R. PALMA.

LA CARIDAD CRISTIANA.

POR LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACQUEVEDO DE GOMIZ.

(Continuación.)



CIENDO esto se levantó, se acercó á la cuna en que dormía su querido ahijado y le dió dos besos con mucha ternura. Roberto y Maria la miraron complacidos y luego preguntó ésta:

—¿Tú tienes sospechas, y sobre qué se fundan?
—He sabido, Maria, replicó Roberto, que tu padre frecuenta la casa del doctor Arias, y entre allí con una especie de cautela. Como el doctor tiene tres hijas grandes, es posible que el señor Montalvo que solo tiene cincuenta y seis años, ame á alguna de ellas y quiera volver á casarse y acaso este proyecto lo ocupa y le causa embarazo.

—Eso es, exclamó Clemencia, estoy cierta de que es eso! El quiere que nos enfademos con su afectada indiferencia para que se nos haga menos duro el golpe que nos prepara. Pero cómo habrán podido gustar á papá esas niñas tan disipadas, tan amantes del lujo, tan orgullosas! Cada una de ellas cree ser una reina.

—No es eso lo raro, dijo Felicia, porque ellas son hermosas, tienen mil bellas cualidades y muchos medios para agradar. Lo extraño es

que un hombre libre y que puede disponer de su persona, se ponga triste, pensativo y frio con ustedes y con su nieto á causa de un proyecto de matrimonio que ustedes no habian de probar, aun cuando no fuera sino por no contrariarlo en su determinación, tanto mas, cuanto que tú, Maria, estas ya establecida, y tú, Clemencia, lo estarás muy pronto.

—Yo no puedo creer, dijo Maria, que papá á los cincuenta y seis años esté enamorado; eso no puede ser.

—Si, es eso, replicó Clemencia, á mi madre me hace creer ya otra cosa. Pero el teme desagradarnos y por eso busca una explicación. Mas, nosotras lo diremos que estamos contentísimas con su elección y verán ustedes cuan contento se pone. Y al fin es cierto que hemos de tener madrastra, y mas vale mirar esto por el lado bueno que por el malo.

—Maria suspiró tristemente, y Roberto dijo: —No hay que precipitar las cosas; yo haré por obtener la confianza del señor Montalvo, y entre tanto, tengan ustedes paciencia.

—Yo no creo, dijo Felicia, que si él piensa en eso lo calle largo tiempo, ni comprendo siquiera por qué con un hombre tan amado de los suyos, haya sido tan reservado.

—A esta observacion se siguieron mil conjeturas y mil proyectos. Mas, los de Clemencia eran todos relativos al moelo como habia de tratar á su madrastra, pues ya no dudaba si quiera que fuera otra la causa de la siedad de su padre.

—Maria parecia inquieta y rechazaba casi absolutamente la idea de que su padre estuviese enamorado, y Felicia triste por un vago presentimiento que no se atrevia á profundizar, trataba de distraer á sus dos amigas haciéndolas esperar que de un modo ó de otro cesaria la causa de la penosa mudanza del señor Montalvo. Clemencia se propuso hablar en primera ocasion, delante de su padre, de las hijas del doctor Arias y no solamente desentbrir si pensaba en enlazarse con aquella familia, sino cual de las tres niñas era la preferida. Roberto volvió á encargár la prudencia, y Felicia fué de su propia opinion, por lo cual todos resolvieron esperar del tiempo y de las diligencias de Roberto la aclaración del misterio que tanto inquietaba y adijia á toda la familia.

III.

Era una hermosa tarde de verano, y Roberto, su esposa y su cuñada estaban en un pequeño gabinete rodeado de flores que Maria habia hecho construir al extremo del jardin y que era el cuarto preferido por Montalvo en su habitación de la ciudad. Nada habian adelantado en sus indagaciones, pero la distraccion, frialdad é inclinaciones solitarias del caballero se aumentaban diariamente y este era el asunto continuo de las conversaciones de las dos jóvenes. De esto se ocupaban cuando se presentó Montalvo en la puerta del gabinete. Todos se murmuraron al verlo, y se paro á mirar reñida su familia.

—Entre usted, papá, le dijo Maria con tono cariñoso; usted nos hacia falta, añadió Roberto; y Clemencia levantándose con ligereza se acercó á su padre y tomándole la mano con afectuosa familiaridad, venga usted, papá, le dijo, siéntese en medio de nosotros y hablemos de Tivoli que á usted le gusta tanto.

Montalvo suspiró, y sin dar un paso adelante, retiró su mano de las de su hija con alguna rudeza.

Esta se volvió á su asiento tratando de retenir sus lágrimas y diciendo á media voz:

—Esto es lo que yo no nos ama! Las estrías han estado todo su corazón.

Montalvo se estremeció y miró alternativamente á sus hijas con ojos inquietos. Ambas dejaban correr de los suyos gruesas lágrimas que no procuraban ocultar. Roberto quiso hacer cesar aquel doloroso silencio, y volvió á instar á su suegro que se trasase. Este haciendo un estuerozo contra y parándose cerca de las muchachas, las dijo:

—¿De qué se trataba, hijas mias! ¿Parece que mi llegada ha interrumpido una interesante conversacion?

—Si, por cierto, exclamó Clemencia sin poder contenerse, hablabámos de usted y del poco afecto que en esta última época nos manifiesta; recorrimos nuestra vida entera consagrada á amar y complacer á usted, y no hallando nada por qué pueda acusarnos nuestra conciencia, le preguntamos ahora á usted mismo lo que nosotros reciprocamente nos hemos preguntado cien veces sin poder hallar la respuesta. ¿Por qué ha dejado usted de querernos, amado papá?

—Dejar de quererlas! exclamó Montalvo con amargura.

—Si, papá, añadió Maria, eso es lo que nos ha parecido y nos adijio muchísimo esa idea.

—Y tú tambien crees eso? preguntó Montalvo á Roberto.

—Señor, dijo este, yo no pretendo explicar lo que pasa en el corazón de usted, pero experimento tanto como ellas una mudanza á la cual no podemos acostumbrarnos. Mi propio hijo, señor, su inocente y lindo nietecito es ya indiferente para usted.

—Papá, añadió Maria con tono suplicante, no abandone usted á mi hijo.

—Quién te lo dicho que yo lo abandoné! quién ha podido persuadirles á ustedes semejantes disparates! dijo con precipitacion Montalvo, afectando alguna severidad en su acento.

—Entonces es falso que usted haya dejado de querernos! dijo Maria.

—Si, es falso, hijas mias.

—Y viviremos como ántes, papá? preguntó Clemencia.

—Asi lo deseo, respondió Montalvo.

En aquel instante despertó el hermoso Ernesto; Maria lo tomó en sus brazos y acercándose á su padre, le dijo:

—Cuán feliz me hace usted al asegurarnos que todo era aprension! Mire usted su nieto, papá, jamas habia estado mas lindo; béselo usted puesto que lo quiere.

—No, dijo el caballero, desviando la cabeza para separarse del niño que Maria le presentaba, sufro hoy un fuerte romadizo y se contajiará.

—Hace ya mas de un mes, dijo Maria, que usted no lo acracia....

—Un mes! repitió estrecheciéndose Montalvo. Un mes ha corrido ya y yo no he tenido valor para....

—Para confiar en sus hijas, añadió Roberto. Hábenlos usted, señor, y ábranos su corazón, usted no hará sino confiar lo que ya sabemos.

—Lo que ya saben? preguntó Montalvo sorprendido.

—Si, señor, continuó Roberto, y las frecuentes visitas de usted al doctor Arias nos han desentbrido todo.

—Dios mio! Dios mio! exclamó el caballero comprimiendo con fuerza su frente con sus dos manos, y despues levantando sus ojos al cielo con aire de profundo dolor, añadió: infeliz de mi!

—Qué es esto, papá dijo con amargura Clemencia, usted se cree infeliz por eso! no nos conoce usted puesto que duda de nosotras. Cualquiera que sea la elegida de usted, nosotras la amaremos como á una hermana, la respetaremos como á una madre, y la dicha contento de usted se los deberemos á ella.

—Qué es lo que dice! preguntó Montalvo admirado.

—Que usted puede casarse con cualquiera de las hijas del doctor Arias sin que Maria y Clemencia lo repugnen, dijo Roberto.

—Piensan, pues, mis hijas que yo quiero casarme!

—Si, papá, dijeron ambas á un tiempo, y Clemencia añadió; sabemos ya que este es el secreto de las visitas de usted.

—Bendito sea Dios! dijo Montalvo, como aliviado de un grande peso.

Entonces Clemencia volvió á levantarse y corrió á abrazar á su padre diciendo:

Callo la niña, como si quisiera penetrar bien lo que la buena madre le decía. Poco duró su abstracción, porque una abeja ménos dorada que los rizos de su cabeza, vino a zumbiar cerca de ella y se alzó después de una flor á otra, deteniéndose al fin en un cándido y profundo lirio.

—Esta si se la cansado, dijo la niña.
—No, hija mía, buscaba tambien esencia y ya la ha encontrado."

Apénas habló la madre, cuando un ligero colibri pasó batiendo sus transparentes alas con prodigiosa velocidad. Tocó las amapolas de encendidos pétalos, las dallas elegantes, las piturias de múltiples colores, y alejándose de todas con desdénso vuelo bebió con ansiedad en el cáliz de las perfumadas madreselvas.

—Mira, dijo la madre á la niña con cariñoso acento; ese pajarito buscaba tambien esencia. La esencia, es la virtud de las flores; ya has visto como las aves y los insectos desdénan á las que no tienen aroma y que solo un momento lo gran fijar sus miradas; ya ves cuán ansiosas acarian á las que son ricas de aroma. Las virtudes, el mérito verdadero, forman la esencia de nuestra alma; la belleza del cuerpo solo puede deslumbrar por poco tiempo, y á las gentes vanas. El aroma del alma, fija para siempre las miradas de todos. La belleza del cuerpo se marchita; la del alma es eterna. Cuando el cuerpo muere, va á perderse en lo infinito, como la esencia de las flores."

ANGELA LOZANO.

VERBOS Y GERUNDIOS.

—

EN FERROCARRIL.

Vibras y gazapos

Echando iba en el coche un insolente

Borracho irreverente

Que trataba á los santos á sopapos.

Oyólo estupefacto un franciscano

Y dijo:—Por Dios! ¿quese, hermano—

[Y el bellaco seguía echando ternos]

Mire que vá derecho á los infiernos

Si en dar insiste á la blasfemia suelta.

—Eso, padre, me importa un estornudo

Que en la estacion compré... ¡soy yo tozudo!

Boleto de ida y vuelta.

R. PALMA.

JUEZ Y VERDUGO.

BATO EL GUANTE LA GARRA.



¡UAN triste es partir de Lima, cualquiera que sea el motivo que de ella nos aleja, aunque este motivo tenga en perspectiva la felicidad!

—Esta tanto abandonar esta blanda vida de dulces hábitos, poética para todas las edades, donde la niñez tiene esquisitas golosinas, maravillosos juguetes; la juventud el panorama y la realización de los mas deliciosos ensueños; la vejez el benéfico influjo de una primavera eterna; y donde las penas mismas del corazón pierden parte de su rutilancia al suave calor de este arrebolado cielo!

—Partid y á cualquier parte que leveis vuestras pasos, preguntad á sus moradores, desde el canadiense hasta el argentino; desde el hijo del Santero hasta el del Amazonas; y los electrizaréis con esta sola palabra—Lima.

Y vos, si la habeis habitado, no importa en qué latitud habeis nacido, la amaréis como se ama á la patria.

—Pero si es triste la partida, cuán alegre es el regreso!

—Desde que la nave dobla el cabo de San Lorenzo percibese un suave ambiente, embalsamado con el perfume del sude y del chirimoy, entre cuya verde fronda véase blanquear á lo lejos las torres de la encantada Metrópoli, que se lucea volver á ver, con todos los anhelos del alma.

—Divisándose así, un grupo de viajeros, hallábase sobre la toldilla del vapor Santiago, en tanto que este echaba el ancla en la rada del Callao.

—¡Ah! quién pudiera penetrar esa cortina de verdura que me oculta á Lima, y...

—Y á tu amada Rosa, Aura mia.

—¿Quién es Rosa?

—Una querida compañera de infancia, padre mio.

—¿Nunca la ví entre tus amigas?

—Ahora la verás, y espero que aprendéis á amarla. Y tú, mi bella Ines? ¿No es verdad que serás tambien su amiga?

—Dios me libre de poner en ella el menor de mis afectos! Si tú absorbas todo los suyos ¿qué podía reservar para mí!

—Ya lo veremos! veremos si puedes defenderte de esa gracia seductora.... Dios mio! cuánto tardan esos botes! No llegarán nunca!

—Helos aquí. Enrique da la mano á tu esposa; yo acepto el brazo de Luis y que el coronel abra la marcha.

Y los viajeros bajaron alegres la escalera y ganaron el bote que los dejó muy luego sobre las gradas del muelle, cubiertos en ese momento de jente, en la espera de los pasajeros.

—Aprezúmonos! que el tren va á partir exclamaba Aura asida al brazo de su marido, y corriendo hácia la estacion.

El coronel reía de aquella impaciencia, contento al ver la alegría de su hija.

—Con que es verdad que me abandonas, idolatrado Luis!—dijo de pronto Ines, fijando en el jóven sus adormidos ojos—¡Oh! qué horrible ingratitud! Di: te negé algo, nunca, mi amor!

—Sorprenido con aquella brusca interpelación.

—Vos lo habeis querido!—comenzaba este á decir pero sus ojos enconstraron una mirada tan irónica y barlona, que enmudeció. Ines soltó una carcajada.

—Calla, pèrido!—le dijo, parodiando una voz sentimental—que puedes alegar en tu defensa! Hásmes arrebatado el corazón que me diérais. Osarías negarlo!.... Ah! ah! ah! qué cómpungido estás! No te inquietes, dueño mio, que yo se' donde encontrar ese corazón rebelde ah! si yo se' donde encontrarlo.

Luis se estremeció; y el frío del terror penetró en su alma.

En ese momento, sonó el pito de prevención, y los viajeros corrieron al tren, que humeaba, listo á partir.

Ocupados los coches, y en el momento en que el convoy se ponía en marcha, una mujer vestida de negro y cubierto el rostro con un tupido velo, vino á sentarse al lado de Aura y cogió furtivamente su mano.

—Rosa!—exclamó Aura, en un arrebatado de gozo. Y quiso echarse en los brazos de su amiga. Esta contuvo aquel movimiento, sujetando la mano que tenía entre las suyas.

—Reprimid!—dijo—guarda el nombre que pronunciar mi nombre; porque ahora mas que nunca, Aura mia, estamos separadas.

—Reprimid! en la expansion de su gozo, Aura prorumpió en llanto, bajando sobre su rostro el velo para ocultárselas.

—Dios mio!—decía, llorando—me és lo que viene á destruir!—Los proyectos de felicidad completa! ¡Hala! Rosa mia, qué ha sucedido!

—Tu padre ha descubierto en Arequipa una conspiración que el mio encabezaba. Muchas prisiones han sido hechas; muchos han perecido en la fuga; pero mi padre, sin duda porque su muerte habria atraído grandes venganzas, y su existencia en el país es tan temida, á causa de la influencia que ejerce en las masas, hanse conatado con enviárlome al extranjero. Sin embargo, esta leñidad con el jefe de una conspiración severamente castigada, ha estado murmuraciones que justificaria nuestra amistad. Ya ves, querida mia, que como antes, es forzoso ocultar el afecto que nos une.

—Aura lloraba en silencio, estrechando la mano de su amiga. La pobre niña sentia su corazón destrozado. Entre ella y esa querida compañera de la infancia, veía alzarse siempre la eterna enemistad de sus padres.

—¿Porqué lloras!—la decía Rosa—No hemos sido tan felices con nuestro oculto cariño? ¿Por qué no lo seremos ahora? ¡Oh! ya verás qué existencia de dicha nos vamos á formar! Las tempestades políticas son nublados de orarao; todo ello pasará luego; mi padre volverá y... nuestra dicha no tendrá fin, como decía la madre prelada cuando nos hablaba del cielo—concluyó la generosa jóven fufijando, para alentar á su amiga, una alegría de que estaba lejos su corazón.

Aura sonrió á ese bello miraje que secó sus lágrimas, y abrió de nuevo su alma á la dicha.

—¡Hijos míos!—dijo el coronel, cuando hubieron desembarcado en la estacion de Lima—al daros el uno al otro, guardad la esperanza de que no habiamos de separarnos. Querriais defraudar! dejariais solo á vuestro anciano padre!

Aura sonrió á ese bello miraje que secó sus lágrimas, y abrió de nuevo su alma á la dicha.

—Decidelo tú, hermana—dijo éste, volviéndose á Ines.—Consentirás en venir á habitar con nosotros la casa de mi segundo padre?

—El coronel, que se ha declarado mi caballero—respondió ella, con su habitual expresion de broma—hará cumplir mi voluntad, cuando declare que, hallándome en los veintin años, edad de mayoría, quiero emanciparme del *yugo fraternal*, y habitar y mandar en la casa de mis padres.

—Por dolorosa que para mí sea esa resolución,—repuso en el mismo tono el coronel—tengo de inclinarme ante la soberana voluntad que la formula.

Aura sintió á pesar suyo un movimiento de gozo. Sus ojos acostumbrados á hablar con los de su amiga, buscaronla entre la multitud; pero ella habia desaparecido.

Mas, ya, durante el trayecto, ambas habian forjado magníficos proyectos para el porvenir; proyectos que Aura debia realizar mas allá de sus esperanzas.

Ines finó á establecerse en la suntuosa morada de sus abuelos, reedificada y embellecida con todo lo que pueden dar el arte y el oro. El coronel instaló á sus hijos en el principal de su elegante casa, guardando para si los altos.

Al siguiente dia Aura recorria su casa, entregada á una estraña preocupacion. Observaba la disposicion de las habitaciones, media las paredes, calculaba los espacios. Habriase dicho que remelaba á un arquitecto levitando el plan de algún edificio, ó á un viajador en busca del paraje para abrir una brecha. Luego sonrió, y batió las manos con alegría, y corriendo al piano, tocó un aire de triunfo.

En ese momento llegaba Enrique.

—Que trozo de tanta bravura, alma mia! diárase que celebras todas las victorias del mundo.

—No es verdad, amado mio! Es que estoy tan contenta que elegante, que confortable es nuestra habitación. ¡Ah! nada es tan bello como mi cuarto. Aquí está el piano; allí, delante de la ventana el caballete, al lado del costurero. Y estos preciosos cuadros, y esta linda alfombra! y ese reclinatorio de óbano y terciopelo color de rosa!...

—Mucho mas bello y confortable seria si la diéramos un apéndice.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que esta linea de cuartos es paralela á otra que abre sobre la calle....

—¡Ah! ni pensar!—exclamó Aura pálidamente.—¡Hablás de hacer una *reja* de la vecina tienda!

—Precisamente.

—¡Imposible! Habitaba hace diez años un vie-

tima paletada de tierra, sin hacer sobre aquel triste sepulcro la señal de la cruz; sin darle ni una mirada, ni una plegaria, impasible y silencioso, alejose con rijidos pasos.

La luz del alba encontró a la mujer que se introdujera furtiva, en pos del coronel, de rodillas al lado de la tumba.

Aquella mujer era Rosa.

JUANA MANUELA GORRITI.

(Concluirá.)

SONETO.

Grandes, rasgados ojos inmortales
Do ardiente brilla misteriosa llama,
Como celeste luz que se derrama
Bajo de arcos esplendidos triunfales...

Fronte augusta; perfiles ideales
Que la Vida envuelve con rosas trama;
Cabeñera que en torno despararra
Sus abundosos nitidos raudales.....

Divina así te contemplé... Y al verte,
Surgió súbito afecto en mi conciencia
Profundo, eterno, victorioso y fuerte...

¡Y sintió el corazón en tu presencia
El golpe del martillo de la Suerte
Que la rueda enclavó de mi existencia!

NUMA P. LEONA.

LA CARIDAD CRISTIANA.

POR LA SRA. DA. MARIA JOSEFA ACEVEDO DE GOMEZ.

(Conclusion.)



EDIO por fin, creyendo someterse a la voluntad de Dios y yo he vivido estos dos años consagrada al cuidado de este hombre respetable cuya gratitud me recompensa con ansura por mi corto trabajo. Finí tener el consajio para separarlas a ustedes temporalmente de mi amistad y poder ocuparme mas asiduamente de los deberes que me imponia sin que ustedes lo sospehasen.

Callo Felicia, y sus amigas la volvieron a estrechar alternativamente en sus brazos dándole los nombres mas tiernos y colmándola de elogios y bendiciones.

—Y bien, dijo Clemencia, dínos ahora si papá sufre mucho, si piensa en nosotras, si está muy triste, si...

—Muchas cosas me preguntás a la vez, replico Felicia; pero procurare satisfacer tu justa curiosidad. No puedo conocer a fondo todos los sentimientos del señor Montalvo, pues aunque veo la destruccion de su cuerpo, jamas lo oigo quejarse, y su resignacion y paciencia pueden servir de modelo. Dios sólo sabe cuánto será el tiempo que se prolongue su peregrinacion en este valle de lágrimas; en cuanto a ustedes, las recuerdo todos los dias, me habla de ustedes sin cesar, y está instruido de cuanto les pasa.

—Entonces, dijo María, con una mezcla de placer y amargura, entónces sabe el nacimiento de mi segundo hijo.

—Sí, y sabe que le has puesto su nombre, por lo cual to está muy agradecido.

—Amado y buen papá! dijo María llorando de nuevo. ¿Cuánto le gustaría mi Ernesto si lo viera ahora! cuánto querría a mi Pedro que tanto se le parece! ¡Dios mío! ¿Por qué vive mi padre lejos de mi sin que me sea dado verlo y servirle!

Felicia se apresuró a romper esta conversacion dolorosa, pero no se separó de sus amigas sin prometerles que instruiria poco a poco a sus padres de esta entrevista y que trataria de obtener de él su consentimiento para que ellas se le acercaran y dividieran con su amiga el deber de cuidarlo.

VI.

Cinco dias despues del que acabamos de referir, se presentó Felicia en casa de María. Las dos hermanas salieron a encontrarla hasta la puerta del aposento, pero retrocedieron aterradas al ver su traje negro, sus ojos llenos de lágrimas y su triste aspecto. Felicia las abrazó y les dijo estas palabras: "Yo he cumplido mi promesa y ya vengo a reunirme con ustedes, para que no nos separemos jamas." Un grito de dolor fué la respuesta de las dos muchachas, que abrazaban con tierno afecto y con adhesion amarga a su piadosa amiga. Afortunadamente Roberto y Carlos que habian agostado la vista, ayudaron con sus consejos y consuelos a calmar el acervo dolor de estas tristes hermanas. La felicidad de Carlos y Clemencia fué embalsada para el año siguiente. Felicia convivió a las dos hermanas a regar con sus lágrimas el sepulcro de su buen padre.

A la mañana siguiente tres jóvenes hermosas, vestidas de luto y puestas de rodillas, oraban silenciosas y bañadas en llanto cerca de un azote aislada y solitaria colocada en un hondo valle lejos del poblado. Esta era la tumba de Montalvo cuyos restos mortales rechazaba lejos de sí la sociedad, porque, herido con un azote terrible durante su vida, no debia reunirse con sus hermanos ni en el silencio de los sepulcros donde se nivelan e igualan todas las jerarquias, todas las distinciones humanas. Allí descansaba el padre amoroso y tierno que habia preferido la soledad y el pesar mas profundo al peligro de sus hijas queridas, y hasta aquel postrer asilo habia seguido Felicia al anciano de quien fué compañera y consoladora durante los dos últimos años de su vida. Allí la gratitud y el amor filial unieron sus plegarias y lamentos, y allí hallaron las huérfanas una amiga fiel é inimitable y esta misma hermanas tiernas y agradecidas. Pero ¿quién podrá llenar el vacío que deja un buen padre? ¿Quién aminorar la amarga pena que causa el saber que la sufrido en su vida tan largo y espantoso tormento? ¡Solo tú, Consolador Supremo, Padre universal de los tristes mortales! Tú llenas nuestra alma de esperanzas divinas, al paso que arrebatas del mundo los objetos amados de nuestro corazón.

VERBOS Y GERUNDIOS.

UNA CONFIDENCIA.

Jóvenes ambos:—¿I, todo nobleza,
Y amor y abnegacion.—
Ella, toda hermosa y gentiliza...
Coquetismo y traicion.

Que fué ayer me parece—y han pasado
Años sobre los dos.—
Ya una cana ella oculta en el peinado
Y él, que tanto la amó, se ha vuelto a Dios.

Olvidarla, en la celda solitaria,
Es vano pretender.
Que cuando a Dios levanta su plegaria
En ella mezcla un nombre de mujer.

Murmura el lábio de su amor la historia
Si se arrodilla ante el sagrado altar.
Inferno de la vida es la memoria...
¿Quién pudiera olvidarla!

Y para él el recuerdo de la impura
Vive en el corazón

Como áspid ponzoñoso, y lo tortura
Y muere como pérfido escorpion.

Y ella, con burla impía, dice en tanto,
De un banquete en el loco frenesí:
—Si llega a hacer milagros ese santo
Clávenlome a mí.

R. PALMA.

Lima, 1873.

REVISTA DE LIMA.

SUMARIO.—Incertidumbre—Nada hay de nuevo—Una vision consoladora—El teatro—Buen gusto y pasion por la música—Lima ántes y Lima hoy—Influencia del bello sexo—Los antiguos galos—Hérenes y Onfala—Sanson y Dalila—Helena, Cleopatra, Isabel la católica—Juicios de varios autores sobre la mejor—La literatura bajo esos auspicios—El célebre Helvécio—Otra vez el teatro—Dílogo de salón—El abanico de Angelita—Una ópera nueva—El concierto de la República—El paseo del domingo—Lujos y hermosura—Crítica masculina—Asuntos serios—La política y los diarios—"El Trabajo"—Reflexiones sobre esta publicacion—Espectáculos públicos—"La Linda de Chamounix"—Conclusion.



E aqui, lectores, que con el papel delante, la pluma en la mano y la mirada perdida en el espacio, pido a los dias transcurridos, material para formar la desahogada revista de todas las semanas.

¡Díjiti afán! nada responde a mi deseo—el tiempo se envuelve y desaparece entre su manto de niebla; los salones cerrados no dejan llegar hasta mí ni las conversaciones de una velada, ni los ecos de una fiesta, los juramentos y pasiones públicas están solitarios y tristes... todo es silencio ó cuando mas todas sus esperanzas.

Pero he aqui que surge de repente una vision consoladora; ¡es una baha que viene a ofrecerme su varita de virtudes para hacer resucitar el pasado ó embellecer el presente! no sin duda; pero tanto día—el teatro, reunion ahora de la parte mas elegante y mas culta de la sociedad limeña viene a sacarme de apuros, como que es el centro de las novedades del dia y el escenario de todos los triunfos, lances novelescos y conquistas.

Todas las miradas de la juventud están hoy fijadas en él—las unas por vanidad, las otras por placer, las mas por aficion al arte.

Esto último es consolador, amagamos mias, porque la sociedad que ama el arte que adquiere buen gusto y claro discernimiento para admitir sus bellezas, está en el camino del verdadero progreso.

Hasta hace poco tiempo Lima era el país frívolo por excelencia, la sociedad envuervada por el placer, por los gozes y las fiestas, vivia indolente entre la molice y el lujo. A ese paso habiamos llegado sin duda á imitar á los pueblos orientales, donde la mujer es todavia un instrumento, un mueble á quien el árabe ama ménos que a su caballo...

Pero por pequeña que sea la instruccion que en nuestros países de América se dá al bello sexo, [orgullo sienta al decirlo] el principia á comprender su misio; principia á derramar su misteriosa influencia sobre la sociedad.

El adelante, el buen gusto, la aficion por todo lo bello, es obra exclusiva de la mujer, así como el progreso de las ciencias, el desarrollo de la alta política, el enlace misterioso de todo lo que es poder y grandeza, pertenece exclusivamente al hombre.

La sociedad tiene que ser lo que quiera la mujer que sea, porque ella tiene, en ese terreno, el estro y la soberania del mundo.

Si nosotras amamos la música, los hombres no tanto por amor á lo bello, cuanto por su